

humano de una revelación que, imprescindiblemente, tiene que proyectarse sobre la Estética en cualquiera de sus aspectos. Como siempre, seguirá el anhelo humano de encerrar los pensamientos en nuevas formas, y los nuestros de ahora necesitan una expresión propia, que los diferencie y enaltezca en la Historia general de la Patria. Y el primer latido se deja adivinar en este Certamen que acaba de terminar, y que ha tenido como marco y ruta senderos movidos por las hojas más amarillas del otoño, que esperan la segura primavera, en el retorno obligado, que todos hemos de ganar.

SANCHEZ CAMARGO

EL ESPIRITU Y LA REALIDAD EN LA EXPOSICION NACIONAL

La plenitud en Arte presupone, por muy diversos modos, espiritualidad. Es inconcebible una creación artística de lograda integral belleza, en la que no se revele perceptible el soplo vivificador del espíritu. La forma bella inánime, por muy alquitarradas que nos ofrezca sus perfecciones, jamás alcanza los niveles máximos de la valoración estética. La repetición primorosa, la copia fidedigna de lo natural, las síntesis habilidosas de bellezas puramente formales, justificadamente han merecido una estimación secundaria en la historia universal del Arte. Por el contrario, una superficial ojeada retrospectiva, evidencia que ni las más palmarias incorrecciones y limitaciones formales menoscaban la belleza de la creación artística, que surge como fruto de una vigorosa motivación espiritual. Y aún ocurre que, por contraste, es más perceptible la virtualidad del espíritu en creaciones de las etapas «arcaicas», alboreales, de la Historia del Arte; aquellas en que el artista lucha dramáticamente por traducir su inspiración —legando testimonio perdurable de la espiritualidad de una época—, a través de ensayos torpes, de balbucientes tanteos. ¡Y, sin embargo, cuán soberanamente bellas se nos



José Suárez Peregrín: LOS CAMINANTES DE EMMAUS

Primera Medalla.



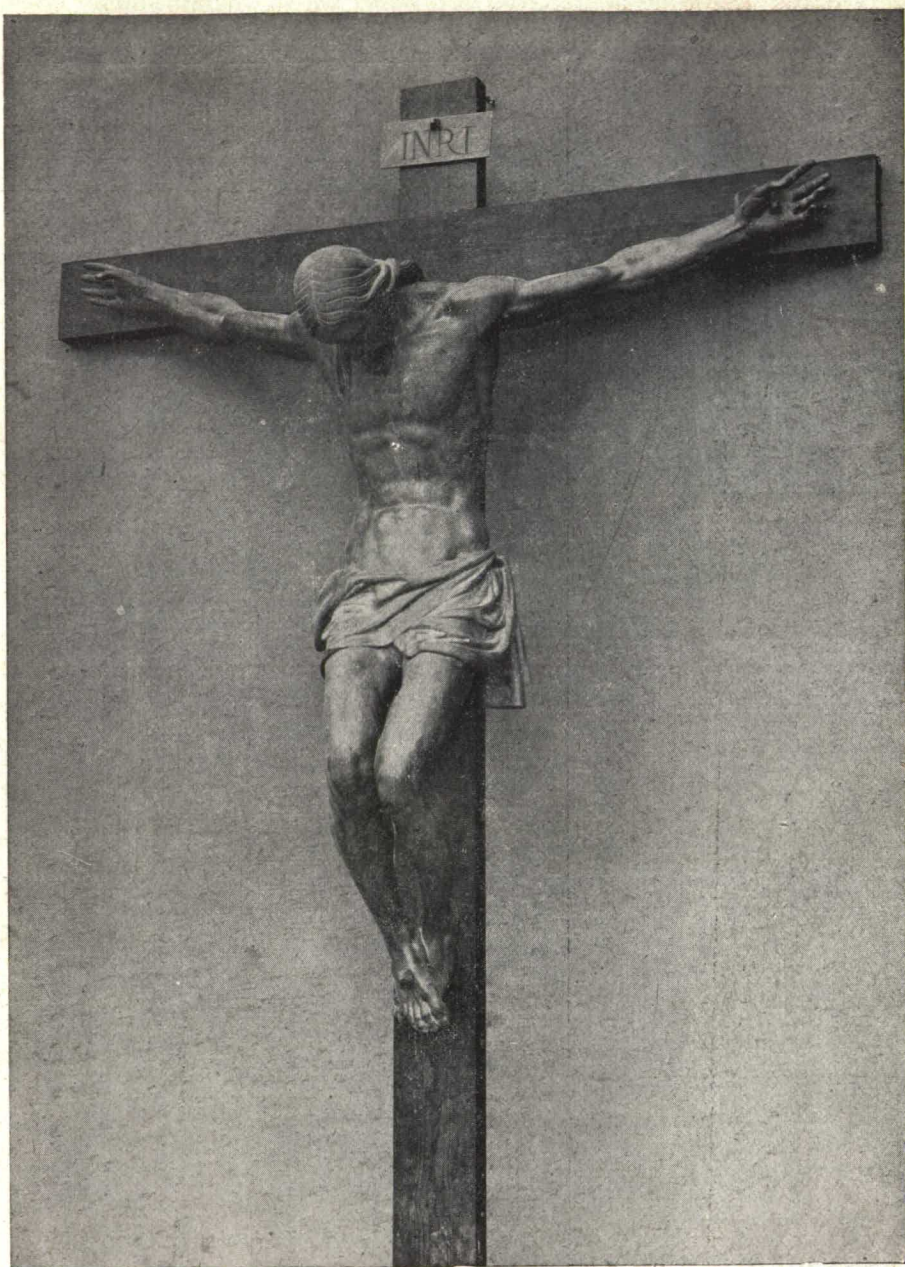
Julia Minguillón: LA ESCUELA DE DOLORIÑAS

Primera Medalla.



Francisco Núñez Losada: VALLE DE LIEBANA (Picos de Europa).

Primera Medalla.



Ramón Matéu Montesinos: CRISTO EN LA CRUZ

Primera Medalla.

revelan por su desbordante contenido de vida, entre estas estéticas «anunciaciones», las «Doncellas» de la Acrópolis ateniense, las «esculturas del primer románico, los dramáticos frescos narrativos de Giotto!

Arte: Espíritu y Realidad en juego multiforme, en equilibrada o desequilibrada armonía; pero siempre —en el gran arte, normativo para todos los tiempos— con subordinación de la Realidad al Espíritu, con supeditación de la ofrenda inerte de lo natural observable, al hálito de espíritu con que la vivifica el artista creador. Porque es lo cierto que son innumerables las obras de soberano arte en las que es escasísimo el ingrediente de realidad; pero nos atrevemos rotundamente a declarar que no existe creación artística *inánime* que logre supremos niveles de belleza. Aun sobre el arte histórico más aparentemente inmerso en el deleite de la realidad bella —pensamos en los Venecianos, en Velázquez, en los impresionistas de ayer—, sopla el espíritu, oreando, exaltando a una vida eternal e incorruptible, las pintorescas bellezas efímeras de *lo natural*.

Y es que, analizando introspectivamente la creación artística, lógicamente ha de adscribirse la máxima virtualidad estética a la inspiración caudalosa; al afán de *expresar*, de sacar a luz la entraña de las cosas, no su mera apariencia fenoménica; al noble empeño de exaltar valores psicológicos o representativos; al ambicioso deseo de traducir una determinada espiritualidad; en fin, al subconsciente impulso de lograr para la posteridad —avanzando por el camino de la transfiguración y de la síntesis— un lenguaje plástico eternamente comprensible, perdurable y universal. La obra de arte plástico sugiere —no siempre con evidencia palmaria— su fundamental orientación respecto a estos polos capitales de la creación artística —la Realidad y el Espíritu—, testimoniando de la actitud de su autor, de su ágil volar sobre la Naturaleza o de su servil encadenamiento a ella. Radical dualidad de la Plástica en sus ingredientes fundamentales, el Espíritu y la Realidad, que han sido y serán siempre Ormuz y Arimán en la Historia del Arte.

Gustosamente nos enfrentamos con la tentadora tarea de discriminar valores de Espíritu y valores de Realidad en la Exposi-

ción Nacional de Bellas Artes. He aquí unas cuantas notas marginales a la impresión primaria, taxativamente inmeditada, de un integral itinerario.

En el sector del Paisaje, a la orientación *realista* —de vivacísima, puntual transcripción de la Naturaleza—, se adscriben los bellos lienzos de Vila-Puig, de Puigdengolàs, de Solé Jorba; obras en las que la intensidad del acento estético recae sobre una bien dosificada *exaltación* de los valores pintorescos de la realidad; la luz varia y el jugoso, efímero y mutable colorido; artistas que pintan dionisiacamente embriagados de naturaleza bella: de celajes de zafiro, de verdes luminosos y aterciopelados, de zumos áureos de crepúsculo, de diafanidad de ámbitos dilatados, en los que el sol o la niebla perezosamente se tienden... Una más meditada integración del paisaje la encontramos en los lienzos de Núñez Losada, que acreditan una cierta *depuración* de lo natural a través de un bien perceptible proceso de simplificación. El extremo contraste lo encontramos en el *espiritual* lienzo de Vaquero, que, efectivamente es, por ambición y logro. «Santiago de Compostela»; ejemplar *retrato urbano*, algo así como una síntesis expresiva y dramática de la vida, del ambiente, de la tradición de la ciudad.

Rotundamente afirmamos —desde un punto de vista puramente estético— que en la pintura de desnudos se nos revela, inexcusable, la idealización de las formas. El Espíritu, en este género artístico, se manifiesta por la tendencia a suprimir excesivas y por veces repulsivas caracterizaciones epidérmicas; atiende más a lo *arquitectural* de las formas —ritmo, equilibrio, corporeidad— que a su interpretación pintoresca —calidades, pormenores anecdóticos, caracterización individual—. Sin duda, los desnudos supremamente dignos de la Historia del Arte, son los marmóreos o bronceíneos —es decir, los puramente escultóricos, realizados en materia dura e incorruptible— de la Escultura Clásica. El desnudo en el Arte busca siempre la trascendente significación de lo genérico; aun apoyándose la inspiración en modelos reales, tiende, sistemáticamente, a desindividualizarlos. Desnudos *desindividualizados*, más o menos convincentemente arquetípicos, son los de Aguiar, Pellicer y Mosquera.

Bellos desnudos —que agotan casi la totalidad de lo estimable en la sección de Escultura— son: el admirable «Torso de mujer», de Clará, obra impresionante, que alcanza, en la belleza de la forma, una plenitud y una serenidad clásicas; «Maternidad», de Orduna; «Sesión de sol», de Torre Isunza; «Maternidad», de Burriel; «Reposo», de Margarita de Sans-Jordi, y algún otro, acreedor a estimación más secundaria, como las obras de Marés, de Marco, de Panach.

En el Retrato buscamos efectos representativos, de concentración psicológica: el individuo —a través de la creación artística— se aproxima a su arquetipo; su imagen pictórica o escultórica ha de representar convincentemente lo que *somos* —acentuando, sacando a luz lo permanente y característico de nuestra fisonomía y de nuestro carácter—, pero también ha de sugerir lo que *anhelamos ser*; esa penetrante intensidad psicológica que transfiere por veces a la fisonomía lo que pudiéramos llamar el afán último y recóndito, la meta de la personalidad; sin olvidar que «cada fisonomía suscita, como en mística fosforescencia, su propio, único, exclusivo ideal», y que cada «rostro individual es a la vez proyecto de sí mismo y realización más o menos completa», como ha dicho Ortega y Gasset en «Estética en el tranvía». Entre los retratos de la Exposición que manifiestan convincente efecto de *concentración* pictórica y psicológica, figuran los de Vázquez Díaz y Marisa Rösset. Valores decorativos y genérica gracia de edad, acrecen la vibración estética de los deliciosos retratos infantiles de Llimona y Rogent.

De los cuadros de composición que figuran en el nacional certamente, más o menos acreedores a «la salvación por el Espíritu», distinguiremos los de tono épico, narrativo, de aquellos que se caracterizan por su matiz acentuadamente lírico. Digamos, ante todo, que en el cuadro *de escena*, lo espiritual se adscribe al valor representativo —en una u otra modalidad—, que supera la radical banalidad de la anécdota. Así, en el lienzo de Vázquez Díaz «Toreros del 98», sus indiscutibles méritos pictóricos potencian un más trascendente valor histórico y etnotípico; en él aparece eternizado —costumbres y tipos en correlación armoniosa— un aspecto de la vida retrospectiva española. En cambio, las evocaciones del Fin de Siglo, de San-

tiago Martínez y Morell, logran valor estético por el convincente realismo de la interpretación, pero no porque la escena alcance trascendente significación de síntesis representativa de determinadas épocas y sensibilidad.

En el cuadro costumbrista ocurre igual: lo espiritual estriba en el valor étnico, representativo, que surge de la meditada selección de los elementos que ofrece la realidad. Valor racial encuéntrase en el «Montero», de Labrador; en el «Cortijero andaluz», de Segura; en «Gente de mar», de Lázaro; aun en obras de menor empaque pictórico, como «Niña con traje típico de Paymogo», de García Orta. En cambio, en tantos otros, el cuadro restringe su virtualidad a la vibración realista de lo puramente episódico.

Entre los cuadros *espirituales* de la Exposición realizados por auras de lírica belleza, figuran la prerrafaelista «Anunciación», de Hermoso, y «La Escuela de Doloriñas», de Julia Minguillón, lienzo en el que la emoción del ambiente rural se nos revela trasmutada a la más alta valoración poética. Digamos de pasada que es por veces muy difícil deslindar en la obra de arte *realismo* y *espiritualidad*; el imponderable matiz predominante deriva frecuentemente más de la vocación estética del autor que de su intención concreta al realizar tal o cual obra. Así, en el «Autorretrato», y particularmente en «La Modista», de Vila Arrufat, lienzo este de vibrante y armónico colorido, en el que una vaga, pero bien perceptible, sugestión poética supera la intrascendente banalidad de la anécdota. Por el contrario, es frecuente que la espiritualidad de una obra de arte derive, no de la intención o de la vocación de su autor, sino de la poderosa sugestión poética que emana del ambiente que fielmente reproduce. Así, resultan emotivos, por virtud de la poderosa sugestión ambiental que desvelan, los lienzos realistas de Grosso —muy bellos en su modalidad— «Interior conventual» y «La comunión de la novicia».

A medio camino entre el Espíritu y la Realidad, encontramos el decorativismo, la intención ornamental. El artista no intenta elevar la representación de los elementos de la Naturaleza a un plano trascendente, no se propone *expresar*, pero tampoco se limita a la complacida reproducción fidedigna de la realidad. Introduce un orden,

organiza los elementos naturales con estricta sujeción a un canon de pura belleza formal. Procura que las representaciones, desintegradas en sus elementos plásticos —ritmo lineal, ponderación de masas, vibración por contigüidad del colorido—, conjunten algo así como una grafía de líneas y planos coloreados, revestida de autóctona e irreal belleza. He aquí el arte ornamental: hacer recaer el acento estético sobre la integral, *deshumanizada*, armonía del puro arabesco lineal y del puro acorde del colorido. Naturalmente que el matiz decorativo y ornamental hay que buscarlo en el acento predominante de la obra de arte, que —no lo olvidemos— puede no ser único. Así, en la pintura de *naturaleza muerta*, ha de presidir la integración del cuadro un criterio ornamental, aunque la realización *al por menor* sea acentuadamente realista. Citemos como modelo del género, en la Exposición, el admirable lienzo de Benedito «Capra Hispánica», y los muy estimables bodegones de Mosquera y Marsá. Entre los cuadros de composición que acreditan una intención más o menos acentuadamente *decorativa*, hemos de destacar: «Mozas», de Pellicer —de dibujo riguroso y de una insuperable delicadeza en la armonía del colorido—; «Mujer con hortalizas», de Rosario Velasco; «Espigas», de Sancho; los paisajes de Fran y las obras —entre otras— de Calvo, de Florit, de Moré, de Berdejo, de Pérez Perceval, de Vázquez Aggerholm, de Toledo.

En el sector del arte religioso, seleccionamos «aquellas obras auténticamente inspiradas, en las que los valores plásticos se nos ofrecen realizados por un convincente hálito espiritual, más o menos concretamente *cristiano*». «Los caminantes de Emmaús», de Suárez Pegrín, «lienzo más que estimable tanto por los valores estrictamente pictóricos —correcto dibujo, acertada composición, armónico colorido—, como por la expresión de noble dignidad que anima las figuras y el bien logrado efecto de concentración espiritual». La deliciosa «Virgen del Aire», de Julia Minguillón, cuadro intensamente lírico y emotivo, pero falto de unción, no religioso, a pesar de lo explícito del título. El broncíneo «Grupo», de Margarita de Sans Jordi; Piedad *humana*, según la intención del autor, en la que el Jurado ha creído percibir «una dignidad y una grandeza, penetradas

de intenso patetismo, que vagamente exceden del dramatismo natural del trance humano».

Y un lienzo, realizado por bellezas excepcionales, que logra la plenitud de gracia y de espiritualidad que debe alcanzar toda creación normativa de plástica religiosa cristiana: «La Anunciación», de Marisa Röesset. He aquí la obra de Arte auténticamente inspirada: aquella en que se impone el integral acierto sobre la más secundaria estimación de incorrecciones «al por menor». La ideación de esta obra acredita una delectación gozosa en la interpretación del tema, que nos traslada al «paraíso perdido» de los Primitivos; aquel feliz momento del arte cuatrocentista, cuando, lograda casi la madurez en la belleza de la forma, no se han volatilizado aún las más puras esencias del sentimiento cristiano... «La Anunciación» de Marisa Röesset, es en la Exposición Nacional de Bellas Artes como un deleitoso ventanal que abre, a diáfanas e ilimitadas perspectivas, la relativa pobreza y monotonía de nuestro arte contemporáneo. Albor de un arte penetrado de auténtica emoción cristiana, cautivadoramente sencillo y espontáneo, que hace triunfar sobre limitaciones e incorrecciones de estimación secundaria, el imponderable aliento de su vigorosa motivación espiritual; arte cuya pujante originalidad no se merma por el hecho de que entronque con la más egregia tradición del arte pictórico; que la creación artística —insistamos una vez más— logra trascendente personalidad, no por la novedad de la *forma*, sino por el soplo vivificador del *espíritu*...

FERNANDO JIMÉNEZ-PLACER